

alaridos que lanzaba en la época de su locura: un grito de angustia, de amor desesperado, como estertor de horrible agonía.

Después se desplomó en tierra.

La desdichada gitanita había cumplido su misión terrenal.

Estaba muerta.

II

Conde de Lagardère.

Un poco antes de llegar á Bayona Jacinta se separó precipitadamente de su hermano, con quien seguía conversando, y se acercó al caballero.

—¡Pronto, pronto!—le dijo—¡Escondeos, haced esconder á todos en ese bosquecillo, y que nadie se deje ver!

El asombro de Enrique y sus compañeros fué enorme.

—¡Despachad!—seguía la vasca.—¡Os lo ruego! ¡Como no sea tarde ya!

Y al mismo tiempo les mostraba el bosquecillo, tratando de empujarlos hacia los olivos que bordeaban la carretera.

—¿Qué ocurre?—preguntó Lagardère, obediendo á la hostelera y metiéndose con los suyos en el bosquecillo.

Jacinta le señaló con el dedo dos puntos negros en el camino, cerca de la ciudad.

—¿Veis?

—Ya veo; son dos hombres á caballo.

—No; no son dos hombres: un hombre y una mujer.

—¡Sangre de Cristo!—rugió Cocardasse.—¿Nos hemos convertido en liebres, para escondernos al aproximarse dos personas? ¿Quieres que me adelante, pichón, y les diga que si quieren algo con Lagardère no tienen más que acercarse?

—Estaos ahí—dijo la vasca con autoridad—y callad. Nadie os pide vuestra opinión—Y dirigiéndose á Aurora, añadió—¿No adivináis quién es esa dama, señorita?

El corazón de la joven palpité con violencia instintivamente.

—¿Será posible?

—Todas las mañanas desde que está en Bayona, la señora princesa, acompañada por M. de Navailles se adelanta por la carretera para ver si os encuentra ó saber antes las noticias que llegen. Todos los días al salir de la ciudad, tratando de darse esperanzas, exclama. «¡Hoy será!»; hasta que vuelve por la tarde, abatida, triste, desanimada.

—¡Pobre madre mía!

—Viene hoy como ayer, como vendría mañana si no hubiera sonado la hora. La guía la esperanza, y la sostiene el deber. Pero como hay alegrías que matan, os he hecho ocultaros

para prepararla y evitar lo demasiado brusco del golpe. Aguardad, pues, aquí y dejadme hacer.

Lágrimas dulcísimas corrían de los hermosos ojos de Aurora, cuya cabecita se apoyaba en el hombro de Lagardère, que la dejaba llorar, pues hay circunstancias en que el corazón estallaría si convertida en llanto no rebosara por los ojos la emoción.

—Otra vez más, Enrique—decía,—mi madre me recibirá de tus manos. ¡Dichoso día el que pueda unir en mi dicha á los seres á quienes más amo en el mundo: mi madre y tú! ¿Qué he hecho para merecerlo? ¿Qué he de hacer para manifestar mi agradecimiento á los dos, que tanto habéis sufrido por mí?

—¿Acaso no has sufrido tú también, pobre niña?

Ella inclinó más la cabeza, y acariciando con sus bucles de oro el rostro de su novio, dijo con sonrisa adorable:

—¡Ya no me acuerdo! ¡Soy tan feliz!...

La vasca se había adelantado con paso rápido, pero conteniéndose un tanto por temor de que al verla llegar tan deprisa Mme. de Nevers sospechase algo. Con todo, al verla á lo lejos la desconsolada Princesa tuvo como un presentimiento, y en cuanto creyó que podía ser oída gritó:

—¡Vos, Jacinta! ¿Sois vos? ¿Qué hacéis por aquí á estas horas?

—Como no llegaban noticias, fui á buscarlas.

—¡Vos sabéis algo! ¡Me lo daba el corazón! ¡Hablad, decidme por piedad lo que sepáis! ¡No tengáis recelo! Soy fuerte, y puedo conocerlo todo, oirlo todo, saberlo todo. ¡Hablad!

No era ya la dama pálida, insensible al parecer, que no salía en todo día de la capilla del palacio Gonzaga. Estaba ansiosa, palpitaba desordenadamente su corazón, y sus ojos, agrandados por el llanto, se abrían desmesuradamente. Tenía razón al decir que podía recibir cualquier noticia; pero si le hubiesen anunciado una desgracia, habría caído del caballo para no levantarse más. Cuanto más distendidos están los nervios para resistir á una sacudida, más terrible es el choque.

De una ojeada la vasca se dió cuenta del estado de ánimo de la amazona, de la cual la separaban ya pocos pasos, y exclamó:

—Tranquilizaos, señora: no tengo que decir cosa alguna que no os sea grata.

Mme. de Nevers exhaló un gran suspiro de desahogo y murmuró.

—¡Me devolvéis la esperanza! ¿Habéis visto á Aurora?

La Princesa parecía suficientemente preparada para recibir la noticia de su próxima ventura.

—He visto á mademoiselle de Nevers esta

misma mañana. Pronto estará en vuestros brazos.

—¡Dios mío! Pero ¿por qué no está ya? ¿A qué obedece su tardanza? ¡Tantas cosas pueden suceder en un minuto, que no dejaré de temblar mientras no la tenga entre mis brazos!

—No tenéis nada que temer. Está fuera de peligro.

—¿Y él?—preguntó la dama casi con tan angustiada ansiedad como cuando se trataba de su hija.—¿Habéis visto también á M. de Lagardère?

—¿Podéis dudarlo? Él es quien os la trae.

—¡Alabado sea Dios! ¡Hijos míos! Jacinta, os lo suplico, ¿cuándo podré verlos?

—Cuando queráis; señora; os aguardan.

—¡Pronto, pronto! ¡Vamos! ¡Llevadme á su lado! ¿Por qué no lo dijisteis antes?

—Creí que tanto por vos como por ellos había necesidad de evitar que el golpe fuese demasiado brusco. ¡Venid!

—Tenéis razón; pero habéis retrasado mi dicha por algunos minutos, y á veces los minutos son siglos.

Un caballo relinchó; la vasca señaló con el dedo el bosquecillo.

—Están allí—dijo.

—¡Auroral ¡Enrique! ¡Hijos míos!—gritó con toda su alma la madre.

—¡Aquí estamos!—respondieron dos voces á un tiempo.

Precipitáronse unos contra otros, y los dos jóvenes cayeron en los amorosos brazos de la madre. Los tres seres no formaban más que uno, y de él surgía armonioso rumor de besos.

¿Hay que decir que desde aquel día la posada de *La Bella Hostelera* ofreció un aspecto desacostumbrado? Si Jacinta tomó inmediatamente las riendas del gobierno, fué para proporcionar la mayor comodidad á sus huéspedes y que pudieran considerarse como en su casa. En cuanto á Antonio, nadie al verle ayudar solícito á su hermana hubiera dicho que era el mismo hombre que se había batido tan heroicamente con los seis bandidos en las puertas de Burgos; nadie sospecharía que era el que tantos actos de abnegación y de bravura había realizado.

Las mejillas de la dama comenzaban á sonrojarse, dando tregua á su dolor. Tenía sobre sus rodillas la cabeza de Aurora, arrodillada á las pies, y acariciaba los rubios cabellos de la hija adorada, besándola á cada momento.

Por su parte Chaverny y Cruz presentaban un cuadro no menos agradable. Su carácter naturalmente alegre desterraba de su lado toda melancolía.

Con tales compañeros, la Princesa no podía menos de sonreír, y sus ojos contemplaban con íntimo júbilo el espectáculo de aquellos seres

que se amaban como ella también había amado; amor inmenso cuya piedra de toque fué el dolor.

—¡Enrique, hijo mío, contadme lo que habéis hecho, lo que habéis sufrido!

—No le preguntéis á él, madre: os contará los padecimientos de los demás y callará los suyos. Interrogad más bien á Flor y á Chaverny..., y eso que ellos también os ocultarán lo que les concierne particularmente.

—¿Á qué hemos de volver sobre lo pasado? —replicó Lagardère.—Pensemos en lo presente y en lo porvenir. Debemos bendecir el mal que ya pasó, pues ha templado nuestra alma y nos ha unido para siempre.

—Cierto—dijo Aurora sonriéndole cariñosamente;—pero cuando se está á salvoya, Enrique, es muy dulce volver la vista atrás para ver los obstáculos vencidos y recordar que se ha triunfado del dolor. Á este propósito me asalta un deseo singular, que acaso califiquéis de insensato, y que, sin embargo, no vacilaríais en realizar si supierais el empeño que tengo...

—Basta que lo deseéis para que se realice en lo que de mí dependa.

—Flor también se alegrará mucho; pero... no me atrevo á decirlo.

—Háblad sin temor, Aurora. Vuestro deseo no puede ser insensato. ¿Por qué había de ser mal acogido?

—Pues bien, Enrique;—quisiera volver á ver el subterráneo donde sólo hallamos nuevos padecimientos cuando creíamos que nos conduciría á la libertad.

—Son horas que queréis robarme—dijo la Princesa,—y no tenéis ese derecho. No os dejaré ir..., á menos de acompañaros.

—Bueno, madre; ven con nosotros. Ya que quieres saber cuánto hemos sufrido, ven, y podrás darte cuenta de lo mucho que por nosotras hicieron Jacinta y Antonio.

Poco después el vasco, provisto de antorchas, púsose á la cabeza del cortejo, al cual se incorporó Navailles, y todos penetraron en el pasadizo subterráneo. Aurora y Cruz, conmovidísimas, estremeciéndose se estrechaban á sus novios respectivos, y revivían las horas de angustia que pasaron allí. Chaverny quiso que Antonio le relatase lo sucedido: éste atribuía todo el mérito á Flor, que protestaba contra ello, y Mlle. de Nevers no acertaba á recordar bien los hechos.

—¿Cómo ibas á saber lo que pasaba? Estabas sin conocimiento, y Antonio te llevaba como á un niño. Mira: mientras él se ensangrentaba las manos para abrirnos paso, tú yacías acostada ahí, en ese sitio.

—Sí—confirmó el vasco estremeciéndose;—dormía, y vos la hicisteis andar durmiendo como un fantasma. No he tenido miedo en mi

vida; pero cuando la vi caminar tiesa en la oscuridad como un espectro, temblé. Es un misterio que quizás no podré comprender en mi vida.

La gitana explicó el caso como pudo, y la Duquesa temblaba al oírlos. Pero todavía fué peor cuando Laho los llevó al borde del torrente y contó su lucha con Gonzaga. Lagardère, que era hombre capaz de los mayores sacrificios, estaba admirado.

—¡Ufanaos, Aurora—exclamó,—de ser capaz de inspirar tales actos!

—Ha arriesgado su vida diez veces por nosotras. ¿Cómo recompensarle?

—Permitiéndome inmolarla si llega el caso. Hasta entonces nada me debéis.

—Pero ¿lo hubierais hecho por cualquiera? —le preguntó Enrique.

—Puede ser, si se trataba de una mujer. Ahora que os conozco á todos, lo haría cien veces por cada uno de vosotros.

El montañés pronunció estas palabras sinceramente, sencillamente, y todos le tendieron la mano, que él estrechó sin que su semblante reflejara otra impresión que el sentimiento del deber. Hay caracteres así, que tienen por regla de conducta la abnegación, y esto es lo que llamamos nobleza de corazón. Doña Cruz la poseía en el mismo grado que Laho, y Chaverny comprendía que al darle el título de marquesa resultaba honrado.

Cuando salieron á la luz las jóvenes se sintieron más animosas. Habían pasado de nuevo una de las estaciones de su calvario, y confiando en la protección eficaz de sus novios, tomaban al Cielo por testigo de su felicidad.

Sólo faltaba la pobre Mariquita, y por poco la Princesa no envió á buscarla: hasta hubiera deseado que figurasen los gitanos en el cortejo nupcial de su hija. Obtuvo de Jacinta la promesa de que vendería su hostería y se iría con ellos.

No fué cosa fácil: la vasca tenía mucho apego á sus montañas y á su cielo; pero las miradas ansiosas de las dos doncellas la hicieron vacilar, y los besos de ambas la decidieron. Las tres se abrazaron como la memorable noche de su proyectada fuga.

Conseguidos sus deseos, la Princesa exclamó con altivez:

—¿Quién osaría ahora, en medio de vosotros, arrebatarme de nuevo á mi hija? Vos, Doña Cruz, sois también mi hija querida; y vos, Chaverny, que habéis reparado todo el mal que os impulsaban á hacer, dadme esa mano leal. ¡Á todos os bendigo, pues, que me habéis devuelto mi hija!

La viuda de Nevers, la eterna desolada cuyos labios habían permanecido tanto tiempo mudos, desbordábase entonces expresando su agradecimiento, y la majestad dolorosa que la

envolvía desde el drama de los fosos de Caylus se fundía al calor de su cariño maternal.

—¡Y vos, Enrique, hijo mío, conde de Lagardère, venid á besar á vuestra madre!

Estaba ufanísima por ser ella misma la que anunciase al caballero el favor del Regente. Le abrazó, pues, estrechándole un buen rato contra su pecho, y dijo:

—Ahora leed en alta voz lo que S. A. R. el Regente ha dispuesto.

Y le entregó el pliego sellado con las armas de Felipe de Orleans, en el cual Lagardère leyó algo conmovido su nombramiento de conde.

El Regente permitía unir al nombre de Lagardère el de Nevers, una vez realizado el matrimonio de Enrique con Aurora.

III

Nuevos adversarios.

Al oírlo Cocardasse lanzó un vibrante y estruendoso ¡vive Dios! y volvió á beber. Era su única ocupación, y desde que se levantaba apresurábase á poner en práctica un refrán que él reputaba antiquísimo y que había inventado para su uso personal: «El caballo en la cuadra, la espada en la vaina, y el valiente en la mesa.»

El gascón tenía sed atrasada, y sabiendo que en casa de Jacinta podría vaciar cuantas

botellas quisiera sin que se las cargaran en cuenta, se apresuraba á satisfacer su apetito sin dar descanso á la garganta.

—¡Mal pecado!—decía cuando por casualidad dejaba un momento de beber.—¡Reflexiona, querido, el golpe que vamos á dar cuando asistamos á la boda con vestidos nuevos, resplandecientes de oro! ¡Se hablará por mucho tiempo en París de Cocardasse y de la noble figura que hacía en la boda de Lagardère! ¡No lo dudes!

Passepoil no lo dudaba; pero no hacía caso de su amigo. Pensaba en el amor. Ya sabemos que la bebida no le atraía. Reconcentrado en sí mismo, suspiraba mientras su amigo despachaba botellas. No le agradó, pues, la invasión de la sala de la hostería por seis individuos que llegaban á interrumpir sus sueños de oro. Además, aquellos sujetos tenían aspecto sospechoso.

Dos de ellos eran casi muchachos, que sin duda comenzaron á correr los caminos, hierro en mano, á la edad en que los de su generación jugaban todavía con armas de madera; pero tenían cara de audaces, y si los otros eran sus maestros, podían esperar de ellos que los honrarían. Los cuatro restantes eran espadachines de profesión y salteadores veteranos; no se necesitaba gran perspicacia para filiarlos.

Después de lanzar una mirada socarrona á

los dos diestros, fueron á sentarse aparte y conversaron en voz muy baja.

Si Cocardasse hubiera estado más sereno y Passepoil menos ensimismado, quizás habrían conocido á alguno de aquellos pícaros.

Con efecto; el primero de ellos era un antiguo cabo de guardias llamado Gualte Gendry; el segundo, reconocible por su gran estatura (seis pies y medio) y sus enormes cabeza, pies y manos, un tal Gruel, llamado la *Ballena* y exsoldado del mismo Cuerpo. Antiguos conocidos de esos de que nadie se jacta. De los dos jovencitos, el uno era hijo de una turinesa y de Pinto, el asesino que perdió una oreja en los fosos de Caylus, y luego fué muerto en Italia á manos de Lagardère; el otro, hijo de Joel de Juján, muerto también en Mozlés á manos del caballero. Los otros dos, desconocidos: un inglés que se hacía llamar Palafox, y un catalán que se decía nobilísimo de prosapia, pero que respondía al nombre insignificante y breve de Morda.

En suma, cuatro buitres veteranos y dos buhos jóvenes que iban en busca de una presa.

Apareció la moza del mesón, que no le parecía saco de paja á Passepoil, y éste comenzó á contemplarla. Al ver que los intrusos bromeaban con ella los miró iracundo, y poniendo una mano en el brazo de Cocardasse, que volvía á su tema del matrimonio de Lagardère, dijo:

—¡Calla!

—¡Cómo!—gruñó el gascón.—Sabe, pichón, que Cocardasse tiene la pretensión de poder hablar lo que quiera y donde quiera; lo mismo delante del Regente ó del *mariscal* de Berwick que del último lacayo de Peyrolles. ¡Sangre de Cristo! ¡No ha nacido aún el que me haga callar cuando yo no quiero!

—¡Bien dicho!—exclamó uno desde el fondo de la sala.

—¡Eh! ¡Pardiez! ¡Es ese bravo M. Cocardasse; la mejor espada que conozco desde Bayona hasta Lila!

—¿No te lo decía yo? Pero vosotros ¿dónde diablos habéis tenido el honor de conocerme?

—Á fe mía—respondió Gendry,—creo que fué en un baile dado por el Regente en los jardines del Palacio Real. Yo estaba de guardia en una de las puertas cuando vuestro amigo y vos llevabais á ese viejo borrachón del barón de Barbanchois.

—¡Mal pecado! ¡Esas gentes cortesananas no saben beber!

—Él mismo, al levantarse, titubeaba un tanto.

—Coje tu espada—le susurró al oído Passepoil.

El gascón obedeció y se la ciñó.

—¿Podría preguntaros de dónde venís?—interrogó de pronto el receloso normando.

Gendry no respondió. Prefería hacer charlar á Cocardasse, que le parecía algo alegre y dispuesto á decir todo lo que quisieran. Por desgracia, sin darse cuenta él mismo de la razón á que obedecía, repitió la pregunta de su amigo.

—¡Sí, sí! cuernos de Lucifer! ¿De dónde venís?

—Venimos en línea recta de Arras, donde nos dijeron que había golpes que dar en España.

Cocardasse soltó la carcajada.

—¡Un poco tarde es, borreguillos!—dijo apretándose los riñones.—¡El minué acabó hace mucho, y han danzado muy bien sin vosotros!

—¡Ay! ¡Ya me lo figuraba yo!—suspiró el *Ballena*.—No nos queda más recurso que volver á París á ver si alguien quiere nuestros servicios.

—¿Á París? ¡Vive Dios! Nosotros vamos mañana, y si queréis acompañarnos, os respondo que iréis en buena compañía...

—¡Despacio, despacio!—interrumpió Passepoil—No tenemos necesidad de nadie, y menos de personas á quienes no conocemos.

—Pero si ellos nos conocen, pichón...

—Repito que no necesitamos á nadie—insistió resueltamente Passepoil.

Aunque tan tímido de ordinario, el valiente diestro se acordaba algunas veces de que tuvo

sus ímpetus agresivos, y á la sazón estaba á punto de volver á serlo cortando por lo sano. No en balde era normando y se jactaba de tener olfato en ocasiones. La compañía de aquellos pícaros le desagradaba, y reflexionando por los dos, ya que Cocardasse no se hallaba en estado de reflexionar, no quería ofrecer á Lagardère la escolta de semejantes malandrines. Además, veía fijos en él con admiración los ojos de la moza, y esto aumentaba su audacia: se sentía capaz de las mayores empresas. ¿Qué hubiera hecho el incomparable D. Quijote si no inspirara todas sus gloriosas acciones la sin par Dulcinea?

—¡Oh, oh, amigo!—dijo el ex-cabo.—¡Eres demasiado suspicaz! ¡Si quieres conocernos más á fondo, nuestros hechos están grabados en la hoja de nuestras espadas!

—Os conozco, por lo menos á dos—contestó el normando con toda calma;—y á los demás no necesito conocerlos para saber que no son honrados.

No hacía falta tanto para que salieran á relucir los aceros.

Cocardasse, siempre pacífico cuando estaba á medios pelos y tenía vino cerca, terció en el debate:

—¿Qué mosca te ha picado, pequeño? Para conocer á los amigos no hay cosa mejor que las botellas. Bebiendo juntos es como...

Gualter Gendry tenía sus razones para evitar un lance ruidoso, y retrocediendo un paso para que la espada del maestro de esgrima no le agujerease el colete, respondió cortésmente:

—Esa es también mi opinión.

Y en seguida ordenó á los suyos.

—¡Envainad, señores! Bebamos primero, y luego os diremos quiénes somos.

—¡Es inútil!—prorrumpió de pronto una voz vibrante—¡Te conozco de sobra, Gendry; y en cuanto al *Ballena*, debe de recordar el día que tuvo el capricho de usurpar el puesto del jorobado en el palacio de Gonzagal!

Todas las cabezas se volvieron instintivamente para ver al que acababa de hablar.

—¡Lagardèrel!—murmuraron los dos mencionados, retrocediendo hacia la puerta.

—¡Sí, Lagardèrel! ¡Largo de aquí, malandrines! ¡Que no os encuentre yo en mi caminol!

El *Ballena* inclinó la cabeza y se refugió en un rincón: tenía miedo de sentir otra vez el terrible collar que acababan de recordarle.

Los que no habían conocido al Jorobado debían, naturalmente, mostrar mayor audacia, y los dos jóvenes eran de ese número, pues se encontraban por primera vez ante el caballero. La actitud de su jefe hubiera debido moderar su arrebató; pero la juventud no razona, y se ufanan al verse en presencia del hombre de quien habían jurado vengarse. En un instante

sus aceros se dirigieron hacia el pecho de Enrique, el cual sonrió al verlos como gallitos echando chispas por los ojos. Sin creer necesario desnudar el suyo, los miró de alto á bajo y les dijo:

—¡Vais á haceros daño con esos juguetes, que no deben dejarse en manos de los niños! ¡Vengan!

Y así diciendo, rápido como el pensamiento se los arrancó de la mano, los quebró en las rodillas y arrojó los pedazos. Los dos jóvenes palidieron de rabia.

—¡Soy el hijo de Joel de Luján!

—¡Y yo, el hijo de Pintol!

—Siento mucho haberos dejado huérfanos. Pero os aconsejo que escojáis otro modo de vivir que el de vuestros respectivos padres.

—¡Espadas! ¡Espadas!—rugían ellos desesperados y frenéticos.

Lagardère, volviéndose hacia Cocardasse, que se había serenado como por encanto, y á Passepoil, que probaba con la yema del dedo la punta de su tizona, ordenó:

—Acompañadlos hasta la puerta de la calle, sin ruido, si puede ser. Y vosotros, buen viaje. Os intimo por vuestra vida á poner la mayor distancia posible entre vosotros y yo.

Joel de Luján era bretón y, por consiguiente, testarudo. Se le había metido en la cabeza matar á Lagardère, y, careciendo de espada, sa-

có una pistola y apuntó. El pomo de una espada le dió tan rudo golpe en el puño, que le hizo soltar el arma y exhalar un grito; al mismo tiempo recibía entre las piernas y la espalda un formidable puntapié, y quedaba en su ropa la huella polvorienta de la bota claveteada de Cocardasse.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Á la escuela, mocoso! ¡Y vosotros, largo de aquí os han dicho! Chaverny se había colocado junto á Enrique con los brazos cruzados. Los espadachines, no teniendo que habérselas sino con los dos diestros, creyeron que podían gritar un poco, á lo menos por fórmula.

—¿Y por qué hemos de largarnos?—pricipió á decir Gendry—No hemos provocado á nadie, y tenemos el derecho de quedarnos si queremos.

—¡Caramba!—exclamó el catalán.—¡No se dirá que un caballero de mi clase ceda su puesto así!

Y adelantó hasta el medio de la sala, con el brazo izquierdo en jarras, la diestra armada, en actitud de bravata y desafío.

—¿Quieres quedarte?—gritó una voz burlesca.—¡Pues te quedarás!

Una cuerda lanzada á modo de lazo silbó en el aire y se arrolló en el cuerpo del flamante hidalgo, liándole como á un salchichón.

Morda soltó la espada y lanzó un grito. El

vasco ató el extremo de la cuerda, que conservaba en la mano, á una anilla fija en la pared, y abriendo luego la puerta de par en par, dijo burlescamente:

—Ya sabéis lo que aguarda al primero de vosotros que halle yo rondando la casa. Escarmentad en cabeza ajena. Me sobra cuerda para todos, y sé cómo se ata á un árbol con un hombre á la punta.

El *Ballena* enderezó como movido por un resorte los seis pies y medio de su corpachón y salió el primero. Los demás le siguieron dócilmente. Gualter Gendry no fué el último.

IV

Cocardasse, maestro de baile.

El pseudo-hidalgo trató al principio de sustraerse del lazo haciendo esfuerzos por aflojar sus ligaduras; pero no logró sino apretarlas, y prescindiendo de toda su jactancia comenzó á suplicar que le soltaran.

Lagardère no le escuchaba: hablaba aparte con Chaverny, Laho y Passepoil. El único que oía las súplicas del catalán era el gascón, que no hay que decir cuánto se divertía.

—¡No tengas miedo, pobrete! Ya que querías ir á París, debes regocijarte, puesto que te llevaremos. Y hasta sospecho que el que